

Dialéctica fatalista del romance de *Travesuras de la niña mala*

Jesús Miguel Delgado Del Aguila

Candidato a doctor en Literatura Peruana y Latinoamericana

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Introducción

Este trabajo sustenta la articulación de una dialéctica fatalista que se desarrolla en el vínculo amoroso de 'Ricardo Somocurcio' en *Travesuras de la niña mala* (Vargas-Llosa, 2006). Para ello, recurro a los estudios de Harvey (2018), Sánchez (2005) y Benvenuto (2019), quienes examinaron a autores clásicos como Marx, Hegel y Kant. Esa demarcación permite la construcción epistemológica de las repercusiones degradantes del ser humano al involucrarse en una dinámica consciente y autodestructiva. Esta noción filosófica es propicia para cerciorarse del vacío existencial que se genera en el protagonista, cada vez que frecuenta a la niña mala. Los tratamientos temáticos y estilísticos del escritor peruano servirán para la comprensión de este universo liberal y exacerbado, donde los límites del hombre no son lo neurálgico.

En esta pesquisa, tomo como referencia la novela de Mario Vargas Llosa, *Travesuras de la niña mala*, en la cual es primordial la inclusión de la temática del amor liberal desde la cosmovisión del protagonista, Ricardo Somocurcio. Su particularidad es que cuenta con una percepción distinta sobre la mujer. Asimilará y aceptará su comportamiento desenfrenado. Por eso, la niña mala tendrá la oportunidad para desenvolverse a gusto con él. De ella, solo podrá esperarse momentos de éxtasis, desilusiones y desgracias.

Aparte de la composición humana que le brinda el escritor peruano, es importante reanudar los tópicos que se despliegan en la historia, como los

acontecimientos bélicos, políticos y sociales que solo forjan el entorno en el que se desarrollan los personajes. A ello, es imprescindible considerar las localizaciones heterogéneas de esta obra literaria. Ciudades como Lima, París, Madrid, Tokio y Londres son reconocibles. Todo ello será expuesto en un contexto que comprende desde la mitad del siglo XX hasta inicios del segundo milenio. Y será relatado con múltiples enfoques temporales que se presentan con linealidad conforme avancen los sucesos.

Para este artículo, el objetivo principal que pretendo hallar es el de comprobar el conocimiento veraz y deductivo que va surgiendo en la trama a partir de los encuentros y los desencuentros de Ricardo y la niña mala. Ese raciocinio se irá erigiendo desde una percepción equidistante de la cotidianidad de los hechos. La naturaleza de estos eventos estará distinguida por los tipos de acciones. Estos se ejecutarán desde los impulsos sin propósito alguno ni remordimiento. Los intereses no terminarán afectados y tampoco se buscará una correspondencia. La indiferencia, el sinsentido y la reiteración de estas acciones serán lo peculiar en este universo degradante. Para un mejor discernimiento de este tópico, se confrontarán con las técnicas del autor, que permiten una comprensión cabal de este panorama y el desarrollo del fatalismo inherente.

Por predilección, este trabajo estará distribuido de la siguiente manera: una primera sección tendrá en cuenta la dialéctica sobre el fatalismo. Esta será definida desde la epistemología de David Harvey (2018), Jaime Sánchez (2005) y Rodrigo Miguel Benvenuto (2019), para que más adelante sea aplicada en la interpretación de la novela. Luego, este paradigma será explicado desde la lógica del protagonista en su relación con la niña mala. Ese nexo será de importancia considerarlo, ya que brinda los enclaves necesarios para aludir a lo fatalista en esta obra literaria. Una primera indagación se basaría en hallar la volición de esa conexión constante.

Otro interés adicional que surge de este estudio es cómo se abarca este tópico desde las técnicas. Para ello, se examinará la narración, en cuanto a su construcción, su estructura y su temática. Asimismo, se abordará su prototipo y el uso del lenguaje. Estos elementos serían indispensables para detectar la cosmovisión del autor.

Con el análisis de esta novela se logrará conocer un poco más la identidad y la dinámica que imperan en los personajes. De forma semejante, se entenderá el origen del impulso que provocan esas acciones aparentemente ingenuas, pero perjudiciales.

Dialéctica fatalista en *Travesuras de la niña mala* (2006)

En esta parte, dilucidaré la denominación de este concepto filosófico en este artículo. Para ello, será de utilidad retomar a Ricardo Somocurcio y la niña mala, a quienes se les extrapolará este paradigma, al igual que al vínculo amorio que los distingue.

Primero, es necesario definir la noción de dialéctica. David Harvey (2018) asume que es un modo de pensamiento o un procedimiento de investigación que pretende hallar una orientación de lo que ocurre. Para constituir ese axioma, se vale de la confrontación de las propuestas de Marx, Hegel, Williams y Ollman. Por esa razón, considerar una dialéctica del fatalismo significaría el retorno a la génesis, que implicaría estar inactivo y padecer una enajenación latente. Esa situación humana solo revela que se empiezan a atraer fuerzas opuestas a menudo. Y esa es una condición terrorífica (Auerbach, 1996).

De la misma manera, Raúl Bueno (1985) entiende ese panorama fatalista como una oportunidad del hombre para provocar su extinción concomitante o su anulación permanente por la continua degradación. En ese sentido, se trataría de un mal garantizado. No sería ese fatalismo que estudia Kant (Benvenuto, 2019), que se caracteriza por la carestía o el impedimento de la libertad de cada uno, sino que se enfocaría en el mal uso que se le otorgaría a esta para buscar su desaparición. En el caso de la novela, se muestra a un protagonista desde esa configuración. Él conoce cómo está oscilando ese vínculo amorio. Y es decepcionante que el personaje persista en conseguir algo inusitado; sin embargo, sus esperanzas no son suficientes para generar un cambio radical.

Ante esa negativa, es impresionante cómo se adapta a esa circunstancia y acepta los armisticios de esos encuentros esporádicos. No se detectará una transformación en él. La frecuencia con la niña mala lo mantendrá en ese universo fatalista, anodino y liberal. Es más: asimilará la periodicidad a espacios donde se desarrolla este tipo de aventuras. Se mencionarán burdeles, discotecas y bares en esta obra literaria, en oposición a todo lo adherido a la religión y la moral.

El estilo de vida que se propicie solo originará esa subsistencia fatalista. Teniendo en cuenta esa asociación nefasta que se infiere del fatalismo, es meritorio reanudar el trabajo de Jaime Sánchez (2005), quien tomó como referentes, los aportes de Viktor Frankl y Rollo May. Para él, lo fatalista terminará acoplándose a los sentimientos de conformismo, mediocridad, frustración y todo lo nocivo del hombre. Incluso, se relacionará bastante con

el vacío existencial que producirá su permanencia en el mundo, puesto que el hallarse en una dinámica nada provechosa le resultará dañino (Benvenuto, 2019). Con este acápite, es factible apreciar el sinsentido de la vida que ha adoptado el personaje creado por Mario Vargas Llosa.

Segundo, Ricardo Somocurcio cumple el rol de ser el deconstructor de mentiras e identidades falsas que irá forjando la niña mala para cada ocasión que le convenga. Es allí donde la extrapolación de la dialéctica que alude David Harvey (2018) tendría sentido, porque empezarían a instituirse razonamientos empíricos, con el propósito de desentrañar una verdad de los hechos; en rigor, se aplica una lógica reduccionista que pretende universalizar los acontecimientos de la realidad.

En el caso de esta novela, ese empecinamiento cognitivo servirá para conocer la autenticidad de las acciones que efectúa la mujer a la que frecuenta Ricardo Somocurcio. Ese razonamiento deberá ser constante, ya que la participación de este personaje femenino es múltiple y compleja. Su aparición, su desaparición y su reaparición serán sometidas a una dinámica en la que el protagonista y la astucia del lector tendrán una función determinante para inferir lo acaecido.

Los engaños y las acciones se cuestionarán con una lógica coherente. Incluso, se deberá tomar en cuenta cómo será el próximo encuentro entre esa pareja. Con todo ello, puede asumirse que bastarán las sospechas para asegurar el discernimiento de la realidad. Sin embargo, para David Harvey (2018), lo que se obtenga a partir del pensamiento dialéctico será provisional. Eso justifica que esa dinámica se vuelva fatalista y nada previsible. Solo eso originará que Ricardo Somocurcio sea un elemento esencial para corroborar esa inseguridad humana que una víctima puede padecer. Es más: la atención no recaerá únicamente en las interpretaciones que debe realizar, sino en el estado repudiable en el que se halla. Es una cualidad masoquista. Su capacidad intelectual ha sido desplazada por el trato que ha recibido de la niña mala, quien adopta un rol desinteresado, masculinizado y, hasta ofensivo.

Al respecto, pueden recordarse las palabras que le manifiesta en una ocasión: “Pichiruchi”, “pobre diablo” o “niño bueno” (Vargas-Llosa, 2006, p. 196). Con esa denigración, es imposible que su condición varonil sea pertinente. Lo que él opine acerca de una mujer no tendrá relevancia, así como su apreciación estética sobre ella.

El personaje ya no cuenta con un amor propio, y no puede ofrecer nada inminente a una mujer de esa índole. El vínculo que se observa entre ambos

se ha cosificado. Ellos son solo objetos de deseo que se producen placer, sin involucrar sentimientos ni compromisos. Esa forma despectiva de ser amantes ha provocado que el hombre sea tomado como un estúpido, alguien sin autoestima y que se encuentra por debajo de cualquiera. En cambio, esa configuración humana no es involuntaria.

Mario Vargas Llosa recurre con frecuencia a estos tópicos sustanciales, en los que se expone al personaje traicionado. Esa es una manera de corroborar el maltrato dirigido hacia alguien. Incluso, esa realidad trasciende al percatarse de que esa eventualidad es común en la sociedad actual; es decir, la misma humanidad asimila el rol de enemigo en cualquier circunstancia.

Esa cosmovisión es propia del escritor peruano José Luis Martín (1974). Encima, no todo debe reducirse a lo negativo y lo perverso en cuanto a ideología, sino que es sustancial cómo se utiliza el lenguaje para transferir esas emociones. El novelista antepone un alegato para eso. Él considera que exhibir la derrota del hombre es uno de sus mejores recursos estilísticos, tal como lo expresa el crítico literario José Miguel Oviedo (1981): “El fracaso es una elección que implica cierta dignidad y hasta una secreta grandeza” (p. 36). La explicación que brinda el exégeta es un tanto compleja, pero revela el binomio temático que permite constatar la confrontación entre el bien y el mal.

Tercero, la niña mala es una mujer imprevisible, creativa, liberal, mentirosa, egoísta, ambiciosa y sin escrúpulos. Su aparición es casi metódica y tiene el poder de dominar a varones ingenuos. Les prepara emboscadas o los hace partícipes de sus vivencias fraudulentas. En un sentido connotativo, ella representa la inversión del código machista dentro de la sociedad, en la que el hombre está a la disposición de la mujer y es víctima de sus infidelidades.

Eso se aprecia en detalles como cuando no le contesta las llamadas telefónicas y practica el adulterio sin remordimientos. Ella usa a las personas para su conveniencia económica y social. Su forma de ser justifica que el protagonista no cuente con privilegio ni excepciones. Ella se muestra indiferente hacia él. Obviamente, eso no ocurre en un caso adverso. No importará que la niña mala se entere de que él la busca o que sufre por ella. Si intentó suicidarse, no le provocará ninguna impresión.

Los encuentros que se produzcan tendrán la misma interpretación, así sean premeditados o casuales. Esa dinámica será la única estable que durará el resto de sus vidas. No valdrá que hagan votos de fidelidad, porque ella no cumplirá con armisticios afectuosos. Recurrir a las mentiras será indispensable

para que ella sostenga su interés y el dominio de las situaciones. Eso explica por qué la relación con el chino Fukuda concluyó. Él la trataba como ella lo hacía con otros varones.

Esa igualdad de condiciones y artimañas no permitieron que ella estuviera a gusto, como sí lo lograba con Ricardo Somocurcio. Para que el vínculo persista con ella, la desconfianza deberá ser permanente, pero solo en el hombre. La niña mala no escarmentará. Los maltratos recibidos no le servirán para reparar la forma de llevar su vida amorosa. Requerirá humillar, engañar y gozar del estado de intranquilidad de los varones. Deseará sentirse satisfecha mientras existe alguien que está desesperadamente pensando en verla.

El lector podría creer que esa actitud sádica tiene una explicación, tal como la reveló en una parte de la novela. Intentó fundamentar que su comportamiento se debía a unos traumas constantes que sufrió desde pequeña, cuando se descubrió que ella no era de nacionalidad chilena o cuando los guerrilleros del MIR se acostaron con ella.

A ello, se puede agregar la denigración de su imagen como mujer, la percepción de ella como objeto sexual, el maltrato físico y psicológico del chino Fukuda, sus pésimas relaciones, entre otros sucesos más que la configuran como el complemento del que carece el 'niño bueno'. No obstante, es cuestionable confiar en los argumentos de su proceder frente a los hombres. Estos se entienden más como excusas.

Para finiquitar, el fatalismo se introduce con frecuencia a través de una dinámica de encuentros y desencuentros sexuales que son originados por el protagonista y la niña mala. Por el contrario, es necesario precisar que ella es la que dispone del control de esa situación. Es más: será capaz de provocar un enamoramiento según su criterio. Lo incitará a que adopte una obsesión por su presencia física, que será irrevocable.

A partir de ese instante, él ambicionará poseerla y preservarla consigo de modo diacrónico y trascendental. Eso justifica por qué siempre se busca una forma de mantener su vínculo. Las mentiras serán expuestas y debatidas, hasta que Ricardo Somocurcio asimile una versión de la realidad y persista en esa vía fatalista con ella. Terminará siendo convencido.

Ese proceso solo devela que se cumple el recorrido dialéctico que concluye en la degradación humana. A ello se le agregan el raciocinio y las sospechas que irán constituyendo para que al final resulten perjudiciales para el personaje. Cada acto de revelación implicará una ansiedad de por sí.

Sin embargo, la verdad solo será descubierta así. Él deberá someterse a esa dinámica de intereses sin retribución, que es propia de una sociedad liberal, en la que nadie va a ser condenado por sus prácticas amorales (Benvenuto, 2019). Esa repetición de experiencias será la causa principal de regresar al goce. Este se mostrará cada vez más ilimitado y posesivo.

Ante eso, el protagonista siempre tendrá una esperanza de por medio, la cual piensa que se concretará en algún momento. No obstante, la realidad de los hechos genera que todo se simplifique a proseguir en esa dinámica fatalista en la que poco a poco se va infiriendo su propósito denigrante o lo que Jaime Sánchez (2005) denomina “frustración existencial” (p. 58).

Esa peculiaridad se aprecia con exactitud cuando la doctora Roullin y el doctor Zilavxy narran la verdadera historia de la niña mala a Ricardo, que consistió en la posesión tortuosa de Fukuda y su huida, con el objetivo de conservar algo de dignidad. Con ello, comprendió que lo que le contó ella se trató de una invención de los hechos, en la que se la percibía como violada y prisionera.

Ante ello, el protagonista se exterioriza como un personaje que tendría la capacidad para lograr la recuperación vital de la niña mala. Frente a esa situación, él asimila esa condición y decide aceptarla. En cambio, la dinámica fatalista persiste. Al final de la novela, el lector puede asumir que la mujer siempre buscará la ocasión para ser infiel. En ese sentido, esta obra muestra su naturaleza abierta, en la que múltiples interpretaciones pueden respaldar una postura similar a la planteada o, una contraria.

Técnicas literarias empleadas en la narración

En esta oportunidad, se desarrollará el aspecto técnico que facilita el abordaje del tema del fatalismo. Se precisó que este tópico era recalcitrante en el vínculo amorio de Ricardo Somocurcio y la niña mala. Para comprobar esa trabazón, será indispensable partir de una fundamentación más organizada. Por eso, haré una división del siguiente tratado, en tres secciones: el primero consistirá en la narración; el segundo abarcará la relación que se establece entre ambos personajes; y el último sustentará el uso del lenguaje.

Para empezar, la narración de esta novela está contada en primera persona. Para Rita Gnutzmann (1992), esto conlleva la confrontación con los monólogos interiores, que era común en la generación de los cincuenta. También es destacable percibir la introducción de elementos autobiográficos.

Esa inserción consigue identificar las vivencias experimentadas por el autor, como la de su profesión, su concepción acerca del amor, su respaldo al liberalismo o su desplazamiento internacional. Todo eso será relatado con pormenores, por lo que será notorio un recurso peculiar, que se denomina técnica descriptiva. Este artificio del realismo francés será de utilidad para hacer alusión a los ambientes geográficos proteiformes, como al mencionar Lima, París, Londres, Tokio o Madrid. Estas ciudades adoptan una connotación neurálgica e influyen en las decisiones de los personajes.

Por otro lado, un recurso adicional que emplea el autor es el dato escondido (Gnutzmann, 1992). Este se distingue por mostrar particularidades, pero de manera difusa y contrapuesta, como ocurre cuando la niña mala oculta sus acciones remotas, presentes y futuras. Lo que le propiciará la epifanía exhaustiva de esa información que se requiere será la óptima configuración que se realice a la narración. En torno a ello, José Miguel Oviedo (2006) sustenta que es útil contar con la linealidad de la historia, puesto que seguir un orden cronológico facilita la auscultación de un contenido significativo en su debido momento.

Esa secuencialidad manifiesta un centro de acción que, en la obra literaria, se limita a los encuentros amorosos de Ricardo Somocurcio. A partir de ello, se justificarán las reiteraciones en cuanto al desarrollo temático, ideológico y psicológico de los personajes y de los hechos que suscitan.

Segundo, los personajes incluidos en la novela atraviesan transmutaciones. Eso se aprecia directamente en la identidad de la niña mala, ya que ella se desintegra de sí misma para desempeñarse con divergencia. Eso es notorio cuando cambia a menudo de nombre. Es Lily, luego, la camarada Arlette, Mrs. Richardson o *madame* Arnoux. Aún, varía su nacionalidad: se descubre que era peruana y no chilena. Igualmente, modifica su estado civil: será soltera, casada y divorciada. Todo ello se observa en el decurso de la historia desde la retrospección.

Esa condición será importante para Carlos Reis (1995), porque así se revela la caracterización del personaje. Una vez conocidas sus cualidades, es posible inferir su destino, tal como ocurre cuando se deduce qué esperar de vínculos amorosos fortuitos. Las aventuras y las desventuras que se propicien serán desatinadas.

Por lo tanto, es válido advertir que esta novela toma en cuenta más a los personajes que a sus acciones. Se sabrá la evolución de los mismos con

el transcurrir del tiempo. Sus experiencias les servirán para mejorarlos o percibir sus pesares desde múltiples perspectivas.

Por esa razón, resulta curioso que el protagonista no asuma un rol heroico o digno, sino que se trate de una víctima fatalista del caos circundante. El hecho de que adopte una actitud existencialista o de dialéctica permanente cautiva al lector. A estos procedimientos estilísticos, José Luis Martín (1974) los considera como las técnicas del absurdo y el activismo.

Tercero, el lenguaje que emplea Mario Vargas Llosa procura representar la realidad con verosimilitud. Para ello, recurrirá a la confrontación con prototipos humanos y reincidente en dominar el dialecto de las diversas regiones del país. Todos estos componentes tendrán una orientación particular, pues prevalecerá el uso denigrante que utiliza la sociedad para expresarse. Ese medio ofensivo de comunicación será patentizado a través de jergas, las cuales serán significativas e iterativas en los diálogos de los personajes.

Al respecto, José Luis Martín (1974) dilucida acerca de este último criterio:

El feísmo, que ya hemos mencionado, consiste en el uso deliberado de frases tabú y feas, con toda la nomenclatura del sexo, de los desórdenes orgánicos, de las excreciones fisiológicas, de los insultos soeces, de la adaptación especial de frases vulgares, populares y chabacanas [...] y, en fin, de toda palabra o frase rechazada por los aburguesados convencionalismos sociales. (pp. 30-31)

En ese sentido, es enjundioso tener una percepción más amplia sobre la forma deliberada del lenguaje que emplean los personajes. Para complementar esta idea, Rita Gnutzmann (1992) considera que existen otros recursos lingüísticos afines que caracterizan la prosa del novelista. Ya no aborda el 'feísmo' o lo despectivo, sino que se enfoca en destacar los americanismos, las expresiones peculiares de Lima, los peruanismos, las elipsis, las interjecciones, los clichés, los argots, los modismos, las onomatopeyas, los diminutivos y los grafismos.

Estos artificios son identificables en *Travesuras de la niña mala* (2006) y adoptan un rol fatalista al adecuarse a la trama. El narrador consigue ese efecto, debido al dominio de su voz colectiva. Él logra exhibir un grupo social en un momento determinado, sin aludir a la misma realidad. Otra técnica que también se incluye en esta obra literaria es el diálogo telescópico o retrospectivo.

Este término lo estudió anteriormente José Miguel Oviedo (1982), quien lo asumió como el hecho de recabar una información para ir revelándola poco a poco a partir de comentarios de los personajes y el intercambio de ideas. Este proceso será de utilidad para reconstruir escenas que no se mencionan o que se han mostrado incompletas. Por eso, si el escritor dispone de toda la trama, no se supone que esta sea de dominio público.

Esta tendrá que ser relatada según los intereses que se presenten. Si el resultado es bueno, se podrá comprender no solo la historia, sino la configuración endógena de un personaje en específico.

Conclusiones

El concepto de dialéctica de David Harvey (2018) fue retomado para hacer referencia al trabajo cognitivo que desarrollaba con ímpetu el protagonista de *Travesuras de la niña mala* (2006). Adicionalmente, se precisó que esa labor estaba orientada hacia un fatalismo, que Jaime Sánchez (2005) definió como la exploración hacia un universo vacío y detestable, de donde uno no pretende claudicar.

En la narración se apreciará con frecuencia esa predilección por la vida, pese a que esta origina la autodestrucción del ser. Además, prevalece una resistencia a aceptar los hechos contundentes de la realidad. Ese fatalismo sería reincidente en la novela, merced a que Ricardo Somocurcio persiste en una relación amorosa que no tiene una seguridad establecida. Asimismo, él sabe que en cada encuentro terminará más afectado que en la última confrontación.

Por parte de la niña mala, no existe ninguna intención de preservar esos momentos en los que ellos se integran. Lo rechaza, lo recrimina, lo ilusiona y lo engaña. Sin embargo, el vínculo que se ha generado entre ambos permanece a través de dos modos: primero, es continuo; siempre seguirá así. Los cambios serán mínimos en esta obra literaria.

Tampoco se atisbarán prototipos de parejas que sirvan como antagonismos. Esa ausencia permitirá que el deseo inalcanzable de Ricardo Somocurcio pase por una lógica inminente y utópica en la narración. Su esperanza se sostendrá en la idea de poseer a la niña mala de forma diacrónica, sin importar el daño, la angustia y las desgracias que tenga que padecer el personaje.

Un mecanismo neurálgico en la trama fue el rol que desempeñó el protagonista al estar descifrando las múltiples acciones de la niña mala, así como sus encubrimientos perennes. Esa labor dialéctica será atrayente para el

lector, debido a que logra una inmersión directa en el texto. El ir descubriendo la verdad es similar a lo que se anhela en el decurso de la historia.

No obstante, será crucial el hecho de que el personaje principal sea constantemente burlado por una mujer, sin que se evidencie una manera de reparar lo acontecido. En otros términos, su condición fatalista será inmanente en Ricardo Somocurcio, puesto que el estado que afronta es característico de sus decisiones tomadas. Eso explica por qué son frecuentes los encuentros y los desencuentros deliberados. Esa dinámica provocará el nudo y el desenlace de la trama. Y esta se presentará con reiteración.

Para finiquitar, la configuración de los personajes y el empleo del lenguaje son de utilidad para percibir cómo está instituido el contexto del lector. La degradación será un factor determinante que revela el mal uso de la libertad para el sometimiento de prácticas morbosas e inmorales. Ese enfoque liberal que introduce Mario Vargas Llosa permite cerciorarse de la posición cuestionable del hombre y la mujer.

El interés de mostrar esa identidad de modo pesimista no pretende revertir la ética de la humanidad, sino exhibir una realidad fatalista de la que cada sujeto se involucra por su propia voluntad.

Referencias

- Auerbach, E. (1996). *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. Fondo de Cultura Económica.
- Benvenuto, R. M. (2019). Fatalismo. *Estudios Kantianos*, 7(1), 39-50. <https://doi.org/10.36311/2318-0501.2019.v7n1.07.p39>
- Bueno, R. (1985). *Poesía hispanoamericana de vanguardia. Procedimientos de interpretación textual*. Latinoamericana Editores.
- Gnutzmann, R. (1992). *Cómo leer a Mario Vargas Llosa*. Júcar.
- Harvey, D. (2018). La dialéctica. *Territorios*, (39), 245-272. <https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/territorios/a.6935>
- Martín, J. L. (1974). *La narrativa de Vargas Llosa; acercamiento estilístico*. Editorial Gredos.
- Oviedo, J. M. (1981). *Mario Vargas Llosa*. Taurus.

Oviedo, J. M. (1982). *Mario Vargas Llosa: la invención de una realidad*. Seix-Barral.

Oviedo, J. M. (2006). Reflexiones sobre una niña mala. *Agonia* (blog). <https://bit.ly/2Z9YhML>

Reis, C. (1995). *Comentario de textos. Fundamentos teóricos y análisis literario*. Ediciones Colegio de España.

Sánchez, J. (2005). El fatalismo como forma de ser en el mundo del latinoamericano. *Revista Psicogente*, 8(13), 55-65. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6113919>

Vargas-Llosa, M. (2006). *Travesuras de la niña mala*. Alfaguara.